

1. *Función y ámbito de la ciencia de la acción humana*

I. NATURALEZA Y DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

1. *Origen de las ciencias históricas y normativas*

En las narraciones de la historia encontramos los primitivos comienzos del conocimiento de las ciencias de la acción humana. Una epistemología hoy abandonada pretendía que el historiador se acercaba a su objeto de estudio sin una teoría previa y se limitaba a describir el pasado tal como había sido. Tenía que exponer y representar la realidad pasada, y se decía que el éxito sería mayor si consideraba los acontecimientos y las fuentes de información sobre estos con la menor dosis posible de prejuicio y presuposición.

Solo mucho más tarde se reconoció que el historiador no puede duplicar o reproducir el pasado; por el contrario, lo interpreta y lo re proyecta, lo cual precisa que se sirva de ideas que ya debía tener antes de emprender su trabajo.¹ Aun cuando a lo largo de este el tratamiento de la materia le aporta nuevas ideas, los conceptos preceden siempre lógicamente a la comprensión de lo individual, de lo único e irrepetible. No se puede hablar de guerra y de paz si, antes de dirigirse a las fuentes históricas, no se tiene una idea

¹ Véase Heinrich Rickert, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, 3.^a ed., Tubinga 1915, pp. 28 ss.

precisa de la guerra y de la paz. Tampoco se puede hablar de causas y efectos en el caso individual si no se posee antes una teoría de ciertas conexiones de causa y efecto en un radio de aplicabilidad universal. El motivo por el que aceptamos la frase «El rey derrocó a los rebeldes y por tanto conservó el poder», pero no nos satisface la frase, lógicamente contradictoria, «El rey derrotó a los rebeldes, y por tanto perdió el poder», radica en el hecho de que la primera es conforme a nuestras teorías acerca de los resultados de una victoria militar, mientras que la segunda las contradice.

El estudio de la historia presupone siempre cierto grado de conocimiento universalmente válido. Este conocimiento, que constituye el instrumento conceptual del historiador, puede a veces parecer una banalidad a quien lo considere superficialmente. Pero un análisis más atento revelará a menudo que tal es la consecuencia necesaria de un sistema de pensamiento que abarca toda acción humana y todo fenómeno social. Por ejemplo, si se emplea una expresión como «hambre de tierra», «falta de tierra», u otras por el estilo, se hace implícitamente referencia a una teoría que, si se considera coherentemente hasta el final, conduce a la ley de los rendimientos decrecientes o, en términos más generales, a la ley de los rendimientos. En efecto, si esta ley no fuera válida, el campesino que quisiera obtener un rendimiento neto mayor no necesitaría disponer de mayor extensión de tierra. Con mayor cantidad de trabajo y de bienes de capital podría conseguir el mismo resultado que pretendía obtener con mayor extensión de terreno. En tal caso, la extensión del área disponible para el cultivo sería totalmente indiferente.

Sin embargo, no es solo en la historia y demás ciencias que se sirven de los instrumentos conceptuales de la investigación donde encontramos afirmaciones universalmente válidas sobre la acción humana. Este tipo de conocimiento

constituye también el fundamento de las ciencias normativas: ética, filosofía del derecho y jurisprudencia sistemática. La función primaria de la filosofía, de la filosofía del derecho y de la ciencia política es alcanzar un conocimiento universalmente válido de los fenómenos sociales. Si en este intento fracasan, la razón de ello hay que buscarla no solo en el hecho de que con frecuencia se alejan de su objetivo, dirigiéndose a otros, y —como la filosofía de la historia— en lugar de buscar lo que hay de universalmente válido en los acontecimientos particulares, se dedican a buscar el significado objetivo de las cosas. El factor determinante de su fracaso no es otro que el haberse servido, desde el principio, de un método científicamente infructuoso: en lugar de partir del individuo y de su acción, intentaron captar la totalidad. Lo que querían descubrir no era la regularidad dominante en la acción de los hombres, sino la totalidad del curso del desarrollo humano desde sus orígenes hasta el final de todas las cosas.

La psicología, al centrarse en el individuo, marcó el punto de partida correcto. Con todo, su camino va en una dirección diferente de la que sigue la acción humana. El objeto de esta última es la acción y cuanto se deriva de la acción, mientras que el objeto de la psicología está en los eventos psíquicos que dan lugar a la acción. La economía empieza allí donde la psicología acaba.

2. *Economía*

Las dispares y fragmentarias intuiciones de las propias ciencias históricas y normativas solo lograron su *status* científico con el desarrollo de la economía en el siglo XVIII. Cuando se comprendió que los fenómenos de mercado siguen determinadas leyes, se empezó a desarrollar la cataláctica y la

teoría del intercambio, que constituye el núcleo de la economía. Una vez elaborada la teoría de la división del trabajo, la ley de la asociación de Ricardo permitió conocer su naturaleza y significado, y por tanto la naturaleza y significado de la formación de la sociedad.

El desarrollo de la economía y de la sociología racionalista, desde Cantillon y Hume a Bentham y Ricardo, hizo más por la transformación del pensamiento humano que cualquier otra teoría científica anterior o posterior. Hasta ese momento se había creído que ningún límite, al margen de los trazados por las leyes de la naturaleza, podía circunscribir el camino del hombre en acción. Se ignoraba que hay algo más que pone un límite al poder político que este no puede traspasar. Y así se aprendió que también en el ámbito social existe algo operativo que el poder y la fuerza no pueden alterar y a lo cual deben adecuarse si pretenden tener éxito, cabalmente del mismo modo en que deben tener en cuenta las leyes de la naturaleza.

Esta toma de conciencia tuvo un enorme significado para la acción humana, pues condujo al programa y a la política del liberalismo, desencadenando aquellos poderes humanos que, con el capitalismo, transformaron el mundo. Pero fue precisamente la importancia práctica de las teorías de la nueva ciencia la que precipitó su ruina. Quien quería combatir la política económica liberal se veía obligado a desafiar el carácter de la economía como ciencia. Y así aparecieron sus enemigos por motivos políticos.

El historiador jamás debe olvidar que el acontecimiento más importante en la historia de los últimos cien años, esto es, el ataque lanzado contra la ciencia universalmente válida de la acción humana y su rama hasta ahora mejor desarrollada, la económica, estuvo desde el principio motivado no por ideas científicas, sino por consideraciones políticas. En todo caso, la ciencia de la acción humana por sí misma no

se ocupa de estos trasfondos políticos, sino de los argumentos en que basan su rechazo. Porque también ha sido atacada con argumentos objetivos. Su naturaleza seguirá siendo problemática mientras no se consiga aclarar la cuestión relativa a lo que esta ciencia es realmente y cuál es el carácter de sus proposiciones.

3. *El programa de la sociología y la cuestión de las leyes históricas*

Simultáneamente a los resultados derivados de la función de la ciencia de la acción humana recibimos las grandilocuentes declaraciones programáticas que reclamaban una ciencia de los fenómenos sociales. Los descubrimientos realizados por Hume, Smith, Ricardo, Bentham y muchos otros pueden considerarse como el inicio histórico y la base de un auténtico conocimiento científico de la sociedad. Sin embargo, el término «sociología» fue acuñado por Augusto Comte, que por lo demás no aportó contribución alguna a la ciencia social. Muchos autores junto a él y después de él insistieron también sobre la existencia de una ciencia de la sociedad, la mayoría de ellos sin apreciar lo que ya se había hecho para su fundación y sin concretar cómo habría que realizarla. Muchos se perdieron en vacías trivialidades, cuyo más espantoso ejemplo fue el intento de concebir la sociedad como un organismo biológico. Otros confeccionaron una supuesta sociedad para justificar sus esquemas políticos. Otros aún, por ejemplo el propio Comte, añadieron nuevas construcciones a la filosofía de la historia y llamaron al resultado sociología.

Estos profetas de una nueva época, que declararon haber descubierto por primera vez una ciencia del mundo social, no solo fracasaron en este campo que ellos declararon

que era el campo propio de su actividad, sino que, sin vacilación alguna, decidieron destruir la historia de todas las ciencias que emplean el método histórico. Fascinados por la idea de que la mecánica newtoniana constituye el modelo de todas las auténticas ciencias, pretendieron que la historia empezara a levantarse al mismo nivel de una ciencia exacta mediante la construcción de «leyes históricas».

Windelband, Rickert y su escuela se opusieron a estas pretensiones y pusieron claramente de relieve las particulares características de la investigación histórica. Sin embargo, sus argumentaciones carecían de fuerza por su incapacidad de concebir la posibilidad de un conocimiento universalmente válido en el ámbito de la acción humana. En su concepción, el campo de la ciencia social comprende solo la historia y el método histórico.² Consideraban los descubrimientos de la economía y la investigación histórica del mismo modo que la Escuela histórica, quedando así ligados al historicismo. No se percataron de que una óptica intelectual correspondiente al empirismo —al que habían atacado en el campo de las ciencias de la acción humana— va siempre de la mano con el historicismo.

4. *El punto de vista del historicismo*

En la concepción del historicismo el campo de la ciencia de la acción humana está constituido únicamente por la historia y el método histórico. El historicismo sostiene que es un esfuerzo baldío buscar regularidades universalmente válidas independientes del tiempo, lugar, raza, nacionalidad y cultura. Todo lo que la sociología y la economía pueden

² Véase *infra*, p. 128.

referirnos es la experiencia de un acontecimiento histórico, que puede ser invalidada por una nueva experiencia. Lo que ayer fue de un modo, mañana puede ser de otro. Todo conocimiento científico en el ámbito social deriva de la experiencia pasada, que siempre puede ser invertida por una nueva experiencia. Por tanto, el único método apropiado para las ciencias sociales es la «comprensión» específica de lo que históricamente es único. Y no existe ningún conocimiento cuya validez vaya más allá de una determinada época histórica o, a lo sumo, de varias épocas históricas.

No se puede mantener esta concepción hasta el final. Si se intenta, pronto o tarde se tendrá que admitir que hay algo en nuestro conocimiento que es anterior a la experiencia, algo cuya validez es independiente de las circunstancias de tiempo y lugar. Incluso Sombart, que es actualmente [1933] el más franco representante de la idea de que la economía debe hacer uso del método de la comprensión, tiene que reconocer que «en el ámbito de la cultura, y en particular de la sociedad humana, existen relaciones lógicamente necesarias». Él opina que estas relaciones «constituyen lo que nosotros llamamos la conformidad de la mente a la ley, y llamamos leyes a estos principios deducidos *a priori*».³ Así, sin quererlo y sin darse cuenta, Sombart admite todo cuanto sirve para probar la necesidad de una ciencia universalmente válida de la acción humana fundamentalmente diferente de las ciencias históricas de esta. Si estos principios y leyes existen, entonces tiene que existir también la correspondiente ciencia, y esta debe ser lógicamente anterior a cualquier otro tratamiento de estos problemas. No se trata simplemente de aceptar estos principios tal como se conciben en la vida diaria. Es absurdo

³ Werner Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Múnich y Leipzig 1930, p. 253.

prohibir a la ciencia que entre en un campo y exigir tolerancia hacia los conceptos erróneos y hacia las ideas poco claras y contradictorias. Y Sombart no puede ofrecer otra cosa que algunas afirmaciones sarcásticas en apoyo de su rechazo a cualquier intento de tratar la economía como una teoría universalmente válida. Él opina que es «ocasionalmente muy divertido observar cómo una estupidez sin importancia, oculta tras una farragosa palabrería, se muestra en su miserable indigencia y casi suscita nuestro desdén».⁴ Naturalmente, este no es el intento adecuado para defender el procedimiento adoptado por Sombart y otros partidarios del historicismo. Si, como Sombart admite expresamente, existen «conceptos económicos fundamentales [...] que son universalmente válidos para toda acción económica»,⁵ entonces no se puede prohibir a la ciencia que se ocupe de ellos.

Sombart admite aún más. Afirma explícitamente que «toda teoría es “pura”, es decir, independiente del tiempo y del espacio».⁶ Disiente, pues, de Knies, que opone el «absolutismo de la teoría», esto es, su pretensión de formular propuestas sobre el método científico de la economía política, incondicionadas e igualmente válidas para todo tiempo, país y nacionalidad».⁷

Tal vez se objetará que insistir en que la economía nos proporciona un conocimiento universalmente válido equivale a empujar una puerta abierta. Lamentablemente, tal reproche carece de justificación. A los ojos de muchos no es una cosa obvia. Cualquiera que haya emprendido la tarea

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 247.

⁶ *Ibid.*, p. 298.

⁷ K. Knies, *Die politische Ökonomie vom geschichtlichen Standpunkte*, Braunschweig 1883, p. 24.

de presentar las enseñanzas del historicismo de una forma coherente ha sido por lo general incapaz de no ver, en algún punto del proceso, la imposibilidad de desarrollar sistemáticamente la doctrina. Sin embargo, la importancia del historicismo no consiste en los intentos, completamente fallidos, realizados para tratarlo como una teoría coherente. El historicismo, por su propia naturaleza, no es un sistema, sino el rechazo y la negación por principio de toda posibilidad de construir un sistema. Existe y actúa no dentro de la estructura de un sistema completo de pensamiento, sino en un *aperçu* crítico, en la propaganda de programas económicos y socio-políticos y, entre líneas, de estudios históricos descriptivos y estadísticos. La política y la ciencia de los últimos decenios han estado completamente dominadas por las concepciones del historicismo y del empirismo. Cuando se piensa que Wilhelm Lexis —que durante su vida gozó de la más alta consideración en los países de lengua alemana como teórico de los «aspectos económicos de la ciencia política»—, explicó la necesidad de economizar como característica específica de la producción en una economía monetaria,⁸ podrá ciertamente reconocerse la necesidad de insistir sobre la insostenibilidad del historicismo, antes aún de embarcarse en la tarea de afirmar el carácter lógico de la ciencia de la acción humana.

5. *El punto de vista del empirismo*

Es indiscutible que existe y debe existir una teoría apriorística de la acción humana. Y es igualmente incuestionable que la acción humana puede ser objeto de la investigación

⁸ Véase Wilhelm Lexis, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, 3ª ed., Berlín y Leipzig 1926, p. 14.

histórica. La protesta de los historicistas consecuentes, que no admiten la posibilidad de una teoría independiente de las circunstancias de tiempo y lugar, no debe preocuparnos más que la pretensión del naturalismo, que para reconocer el carácter científico del conocimiento histórico pone como condición la posibilidad de afirmar leyes históricas.

El naturalismo presupone que las leyes empíricas pueden derivarse *a posteriori* del estudio de los datos históricos. A veces presupone que estas leyes son válidas al margen del tiempo y el lugar, otras veces que solo son válidas para ciertos periodos, países, razas o nacionalidades.⁹ La gran mayoría de los historiadores rechazan ambas versiones de esta doctrina. Esta es también generalmente rechazada por quienes son partidarios del historicismo y no admiten que, sin la ayuda de una teoría *a priori* de la acción humana, el historiador no sabrá cómo tratar su materia y le sería imposible resolver cualquiera de sus problemas. Estos historiadores sostienen por lo general que están en condiciones de desarrollar su trabajo totalmente al margen de cualquier teoría.

No es necesario solventar aquí si el historicismo conduce necesariamente a uno u otro punto de vista. Quien opina que la doctrina del historicismo no puede pensarse coherentemente hasta el final considera fútil semejante indagación. El único punto digno de notar es que existe una aguda oposición entre la concepción de los partidarios de la Escuela histórica y la de la mayoría de los historiadores. Mientras los primeros (los partidarios de la Escuela histórica) creen que pueden derivar leyes empíricas de los datos de la historia y llaman a la compilación de tales leyes sociología y economía, los últimos, es decir la mayoría de los

⁹ Para una crítica de este segundo punto de vista, véase *infra*, pp. 62 ss. y pp. 188 ss.

historiadores, en cambio, no están de acuerdo en que esto pueda hacerse.

Llamaremos empirismo a la tesis de quienes afirman la posibilidad de derivar leyes empíricas de los datos históricos. Por lo tanto, historicismo y empirismo no son lo mismo. Por lo general, aunque ciertamente no siempre, si los historiadores adoptan una posición cualquiera sobre el problema, profesan su adhesión al historicismo. Con pocas excepciones (Buckle, por ejemplo), estos se oponen al empirismo. Los partidarios de la Escuela histórica y de la Escuela institucionalista adoptan el punto de vista del historicismo, si bien consideran imposible sostener en su pureza esta doctrina apenas tratan de formularla de manera lógica y epistemológicamente coherente, y acaban casi siempre coincidiendo con el empirismo. Así, por lo general, existe un agudo contraste entre los historiadores y los economistas y sociólogos de la Escuela histórica.

La cuestión de la que ahora nos ocupamos no es ya si puede apreciarse en la acción humana una regularidad prevalente, sino si la observación de los hechos sin referencia alguna a un sistema de conocimiento apriorístico de la acción humana puede considerarse un método capaz de conducirnos al reconocimiento de semejante regularidad. ¿Puede la historia económica proporcionar los «materiales de construcción» de una teoría económica, como sostiene Schmoller?¹⁰ ¿Pueden los «descubrimientos de las descripciones especializadas de la historia económica convertirse en elementos de teoría y llevar a verdades universales? En relación con esto, no plantearémos la cuestión de la posibilidad de formular «leyes históricas» universales (que por tanto no serían leyes económicas), la cual ha sido ya

¹⁰ Schmoller, «Volkswirtschaft, Volkswirtschaftslehre und Methode», *Hand-wörterbuch der Staatswissenschaften*, 3.^a ed., VIII, 464.

discutida de manera exhaustiva.¹¹ Nos limitaremos a examinar si, por medio de la observación de los hechos, es decir por un método *a posteriori*, se puede llegar a afirmaciones del tipo exigido por el sistema de teoría económica.

El método empleado por las ciencias naturales para descubrir las leyes de los fenómenos empieza por la observación. Sin embargo, el paso decisivo se realiza solo con la formulación de hipótesis: una proposición no surge simplemente de la observación y de la experiencia, ya que estas nos presentan siempre y únicamente fenómenos complejos en los que diversos factores parecen estar tan estrechamente conexos que nos resulta imposible determinar qué papel debe atribuirse a cada uno de ellos. La hipótesis ya representa una elaboración intelectual de la experiencia sobre todo en su pretensión de validez universal, que es su característica decisiva. La experiencia que ha llevado a la construcción de la proposición está siempre limitada al pasado; es siempre expresión de un fenómeno que se ha producido en un lugar y en un tiempo particulares. Sin embargo, la pretendida validez universal de la proposición implica también su aplicabilidad a cualquier otro acontecimiento pasado o futuro. Se basa en una inducción imperfecta (no surgen teoremas universales de la inducción perfecta, sino tan solo descripciones de un acontecimiento producido en el pasado).

Las hipótesis deben ser continuamente verificadas a través de la experiencia. En un experimento esas hipótesis pueden ser generalmente sometidas a un particular método de examen. Varias hipótesis se relacionan entre sí en un sistema y todo lo que se deduce debe brotar lógicamente de ellas. Los experimentos se realizan repetidamente para

¹¹ En relación con las leyes históricas, véase *infra*, pp. 173 ss.

verificar las hipótesis en cuestión. Se controla si una nueva experiencia encaja en las expectativas requeridas por las hipótesis. Dos condiciones se precisan para este método de verificación: la posibilidad de controlar las condiciones en que se verifica el experimento y la existencia de relaciones constantes experimentalmente comprobables, cuyas magnitudes admitan una determinación numérica. Si queremos definir como verdadera una proposición de ciencia empírica (sea cual fuere el grado de certeza o probabilidad posible en una proposición derivada empíricamente), el cambio de las condiciones relevantes debe conducir en todos los casos observados a los resultados esperados; entonces podemos decir que poseemos los medios para probar la verdad de esa proposición.

Con respecto a la experiencia histórica, sin embargo, nos hallamos ante una situación totalmente distinta. Aquí nos falta la posibilidad no solo de efectuar un experimento controlado en orden a observar los determinantes individuales de un cambio, sino también de descubrir las constantes numéricas. Podemos observar y experimentar el acontecimiento histórico solo como resultado de la acción combinada de innumerables causas individuales que no podemos distinguir según sus magnitudes. Jamás encontramos relaciones fijas susceptibles de un cálculo numérico. La propia hipótesis, largamente abrigada, de que existe una relación proporcional, que puede expresarse por medio de una ecuación, entre precios y cantidad de dinero ha resultado falaz; y así ha perdido su único apoyo la pretensión de poder formular en términos cuantitativos el conocimiento de la acción humana.

Quien desee derivar las leyes de la acción humana de la experiencia debe poder demostrar cómo determinadas situaciones influyen en ella cuantitativa y cualitativamente. Ha sido la psicología la que generalmente se ha ocupado

de tal demostración, y por esta razón todos los que asignan esta tarea a la psicología y a la economía tienden a sugerirles el método psicológico. Además, por método psicológico estos entienden no lo que —de manera más bien inapropiada e incluso engañosa— ha sido llamado psicológico en el método de la Escuela austriaca, sino más bien los procedimientos y descubrimientos de la propia psicología científica.

En todo caso, la psicología ha fracasado en este campo. Empleando sus propios métodos, puede desde luego observar, a la manera de las ciencias biológicas, las reacciones inconscientes a los estímulos. Pero, a parte de esto, no puede efectuar nada que pueda llevar al descubrimiento de leyes empíricas. Puede establecer cómo determinados hombres se han comportado en determinadas situaciones del pasado y deducir de sus descubrimientos que la conducta será similar si hombres semejantes se encuentran en el futuro en situaciones parecidas. Puede decirnos cómo se han comportado los estudiantes ingleses en las últimas décadas ante una situación determinada, por ejemplo ante un mendigo lisiado. Pero este tipo de información nos dice muy poco acerca de la conducta de los estudiantes ingleses en decenios futuros o acerca de la conducta de los estudiantes franceses o alemanes. La psicología solo puede establecer la aparición de un incidente histórico: los casos observados han mostrado esto o aquello, pero las conclusiones derivadas de los casos observados, referentes a los estudiantes ingleses de un determinado periodo, no se justifican lógicamente cuando se aplican a otros casos del mismo carácter lógico y etnológico que no se han observado.

Todo lo que nos enseña la observación es que la misma situación tiene un efecto distinto sobre hombres diferentes. El intento de organizar a los hombres en clases cuyos miembros reaccionan todos de la misma manera no ha

tenido éxito, porque también los mismos hombres reaccionan de manera distinta en tiempos distintos, y no hay forma de atribuir reacciones inequívocamente específicas a diferentes épocas o a otros periodos y condiciones de la vida objetivamente distintas. Por consiguiente, no hay posibilidad alguna de adquirir el conocimiento de una regularidad en los fenómenos a través de este método. Esto es lo que se piensa cuando se habla de libre albedrío, de la irracionalidad de lo que es humano, espiritual o histórico, de individualidad en la historia, y de la imposibilidad de comprender racionalmente la vida en su plenitud y diversidad. La misma idea se expresa cuando se afirma que no podemos establecer cómo la acción del mundo externo influye sobre nuestra mente, nuestra voluntad y nuestra acción. De lo que se sigue que la psicología, en la medida en que se ocupa de estas cosas, es historia o, en la terminología de la filosofía alemana corriente, una ciencia moral.

Quienquiera que declare que el método de comprensión histórica empleado por las ciencias morales es también apropiado para la economía debería ser consciente de que este método jamás podrá conducir al descubrimiento de leyes empíricas. La comprensión es precisamente el método que las ciencias históricas (en el más amplio sentido del término) emplean al tratar de lo único, lo no repetible, es decir de lo que es simplemente histórico. La comprensión consiste en la captación mental de algo que no somos capaces de situar bajo unas reglas y explicarlo por ellas.¹² Esto es así no solo en el campo tradicionalmente definido como historia universal, sino también en todos los campos específicos, sobre todo de la historia económica. La postura adoptada por la escuela empírica alemana de economía en su

¹² *Infra*, pp. 197 ss.

lucha contra la teoría económica es insostenible también desde el punto de vista de la lógica de las ciencias históricas, tal como ha sido expuesta por Dilthey, Windelband, Rickert y Max Weber.

En las ciencias empíricas el experimento controlado es indispensable para derivar proposiciones *a posteriori*, siempre que la experiencia presente solo fenómenos complejos en que el efecto lo producen distintas causas concatenadas. En la experiencia histórica podemos observar solo fenómenos complejos, sin que a tal situación sea aplicable un experimento. A veces se dice que un *Gedankenexperiment* (experimento mental) podría sustituirlo. Pero un experimento mental, lógicamente considerado, tiene un significado totalmente distinto de un experimento real. Comporta una reflexión sobre las implicaciones de una proposición a la luz de su compatibilidad con otras proposiciones que tomamos por verdaderas. Si estas otras proposiciones no se derivan de la experiencia, entonces el experimento mental no hace referencia a la experiencia.

6. *El carácter lógico de la ciencia, universalmente válida, de la acción humana*

La ciencia de la acción humana que se esfuerza por alcanzar un conocimiento válido universalmente es el sistema teórico cuya rama mejor desarrollada hasta ahora es la economía. En todas sus ramas esta ciencia es *a priori*, no empírica. Como la lógica y las matemáticas, no deriva de la experiencia, sino que es anterior a ella. Es, por decirlo así, la lógica de la acción y del acto.¹³

¹³ Varios grandes economistas fueron al mismo tiempo grandes lógicos: Hume, Whately, John Stuart Mill y Stanley Jevons.

El pensamiento humano está al servicio de la vida humana y de la acción. No es el pensamiento absoluto, sino la premeditación dirigida a la realización de actos y a la reflexión sobre estos. Por tanto, en último análisis, la lógica y la ciencia universalmente válida de la acción humana son una y la misma cosa. Si las separamos, de modo que la lógica y la práctica se opongan, debemos mostrar en qué punto divergen sus caminos y dónde hay que situar el territorio específico de la ciencia de la acción humana.

Una de las tareas que la mente humana tiene que afrontar para cumplir su función es la de comprender las condiciones en que la acción humana se desenvuelve. Tratar estas en sus detalles concretos es función de las ciencias naturales y, en cierto sentido, también de la historia y demás ciencias históricas. Por otro lado, nuestra ciencia se desentiende de lo accidental y solo considera lo esencial. Su objetivo es la comprensión de lo universal, y su procedimiento es formal y axiomático. Contempla la acción y las condiciones en que esta se produce no en su forma concreta, tal como la encontramos en la vida diaria, ni en su marco real, tal como la vemos en cada una de las ciencias naturales y en la historia, sino como construcción formal que nos permite captar los modelos de la acción humana en su pureza.

Solo la experiencia nos permite conocer las condiciones particulares de la acción en su forma concreta. Solo la experiencia nos dice que existen leones y microbios y que esta existencia plantea al hombre infinitos problemas en su acción; y sería absurdo, al margen de la experiencia, abandonarse a especulaciones sobre la existencia de alguna bestia legendaria. La existencia del mundo externo nos llega a través de la experiencia; y si nosotros perseguimos determinados planes, solo la experiencia puede decirnos cómo debemos obrar ante el mundo externo en situaciones concretas.

Sin embargo, lo que nosotros conocemos sobre nuestra acción en determinadas condiciones no deriva de la experiencia sino de la razón. Lo que sabemos acerca de las categorías fundamentales de la acción —actuar, economizar, preferir, relación entre medios y fines, y cualquier otra cosa que junto con estas constituye el sistema de la acción humana— no deriva de la experiencia. Nosotros conocemos todo esto desde dentro, tal como conocemos las verdades lógicas y matemáticas, *a priori*, sin referencia alguna a la experiencia. Jamás podría la experiencia conducir a alguien al conocimiento de estas cosas si él no las comprendiera ya dentro de sí mismo.

Como categoría *a priori*, el principio de acción está en el mismo plano que el principio de causalidad. Se halla presente en todo conocimiento de cualquier comportamiento que vaya más allá de la mera reacción inconsciente. «En el principio fue la acción». En nuestra visión el concepto de hombre es sobre todo el concepto de un ser que actúa. Nuestra conciencia es la de un *ego* capaz de actuar y que actúa. El hecho de que nuestros actos sean intencionados los convierte en acciones. Nuestro pensar acerca del hombre y su conducta, nuestra conducta respecto a los demás y respecto a nuestra circunstancia en general, presupone la categoría de acción.

Sin embargo, somos totalmente incapaces de pensar en esta fundamental categoría y en el sistema deducido de ella sin pensar también, al mismo tiempo, en los prerequisites universales de la acción humana. Por ejemplo, no podemos captar el concepto de acción económica y de economía sin implicar en nuestro pensamiento el concepto de relaciones económicas cuantitativas y el concepto de bien económico. Solo la experiencia puede decirnos si estos conceptos son o no aplicables a cualquier condición en que nuestra vida es realmente vivida. Solo la experiencia nos dice que

no todas las cosas del mundo exterior son bienes libres. Pero no es la experiencia sino la razón, que es anterior a la experiencia, la que nos dice qué es un bien libre y qué es un bien económico.

Por consiguiente, se puede construir, mediante el método axiomático, una praxeología universal tan general que su sistema abarque no solo todos los modelos de acción en el mundo en que actualmente nos encontramos, sino también las formas de acción en mundos cuyas condiciones son puramente imaginarias y no corresponden a experiencia alguna. Una teoría del dinero tendría seguramente significado aun cuando en el curso de la historia no hubiera existido ningún tipo de cambio indirecto. El hecho de que semejante teoría no tuviera ninguna importancia práctica en un mundo que no usa dinero en modo alguno impide que sean verdad sus afirmaciones. Puesto que nosotros estudiamos la ciencia en razón de la vida real —y debemos recordar que el deseo de un conocimiento puro por sí mismo es también parte de la vida— y no como una especie de gimnasia mental, generalmente no nos importa perseguir la satisfacción que puede ofrecernos un perfecto y total sistema de axiomas sobre la acción humana, un sistema tan universal que pueda comprender todas las categorías pensables de las condiciones de la acción, sino que nos contentamos con el sistema menos universal que se refiere a las condiciones del mundo de la experiencia.

Con todo, esta referencia a la experiencia en modo alguno afecta al carácter apriorístico de nuestro conocimiento. En conexión con esto, la experiencia no atañe en nada a nuestro conocimiento. Todo lo que debemos a la experiencia es la demarcación de aquellos problemas que consideramos con interés frente a los que preferimos dejar a un lado porque no interesan desde el punto de vista de nuestro deseo de conocer. Por consiguiente, la experiencia no

se refiere siempre a la existencia o no de las condiciones de la acción, sino a menudo solo a la presencia de un interés por el tratamiento de un problema. En la experiencia no existe una comunidad socialista; sin embargo, la investigación de la economía de semejante comunidad es un problema que en nuestro tiempo suscita el mayor interés.

Una teoría de la acción podría imaginarse suponiendo que los hombres carecen de la posibilidad de comprenderse unos a otros por medio de símbolos, o bien suponiendo que los hombres —inmortales y eternamente jóvenes— son indiferentes en muchos respectos al paso del tiempo y por lo tanto no lo tienen en cuenta en su acción. Los axiomas de la teoría podrían encuadrarse idealmente en tales términos universales que abarquen aquellas y todas las demás posibilidades; y puede también pensarse en diseñar un sistema praxeológico formal modelado sobre la ciencia de la lógica o la ciencia construida sobre los axiomas de, por ejemplo, la geometría de Gilbert.¹⁴ Nosotros prescindimos de estas posibilidades porque las condiciones que no corresponden a las que encontramos en nuestra acción solo nos interesan en la medida en que detenerse en sus implicaciones en construcciones imaginarias nos permite profundizar en nuestra acción en determinadas condiciones.

El método que efectivamente emplean los economistas en el tratamiento de sus problemas puede verse con especial claridad en el caso del problema de la imputación. Se puede concebir la formulación de la teoría de la valoración y del precio de los factores de producción (bienes de orden superior, bienes producidos) en términos lo más

¹⁴ Véase Eugen Slutsky, «Ein Beitrag zur formal-praxeologischen Grundlegung der Ökonomik», *Annales de la classe des sciences sociales-économiques*, Kiev: Academia Ucrainiana de Ciencias, 1926, IV.

generales posible, de suerte que, por ejemplo, podemos trabajar solo con un concepto no cualificado, v.gr. medios de producción. Entonces se podría elaborar la teoría de tal forma que los tres factores de producción que se enumeran en la presentación ordinaria aparezcan como casos excepcionales. Pero nosotros procedemos de un modo diferente. No nos interesa formular una teoría de la imputación universal de los medios de producción como tal, sino proceder inmediatamente al tratamiento de las tres categorías de los medios de producción: tierra, trabajo y capital. Esta práctica está plenamente justificada por el objeto de nuestra investigación, que nunca debemos olvidar.

Ahora bien, la renuncia a la universalidad y a la precisión axiomática también esconde muchos peligros, que no siempre ha sido posible evitar. No es solo la teoría marxista de las clases¹⁵ la que no ha conseguido captar el carácter categorial de cada uno de estos grupos específicos de factores de la producción. En realidad, ya se observó que la peculiaridad de la tierra como factor de producción radica en la diferencia en la utilidad de las distintas parcelas, contemplada desde el punto de vista de los objetivos de la acción; la teoría de la renta nunca dejó de considerar el hecho de que la tierra se valora de manera diferente según su calidad y ubicación. Pero la teoría de los salarios pasó por alto el hecho de que el trabajo también es de calidad e intensidad diversas y que en el mercado no hay nunca una oferta y una demanda de «trabajo» como tal, sino solo una oferta y una demanda de carácter específico. Después de reconocer este hecho, se intentó evitar las consecuencias suponiendo que lo que constituye el grueso de la oferta y de lo que hay mayor demanda es la mano de obra

¹⁵ Sobre este punto véase mi *Socialism*, New Haven 1951, pp. 331 ss. [ed. española: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2005].

no especializada y que puede ignorarse la mano de obra especializada y «más alta». La teoría de los salarios se habría ahorrado muchos errores si hubiera tenido en cuenta la función que el tratamiento especial del trabajo debe cumplir en la teoría de la distribución y hasta qué punto resulta necesario no hablar de mano de obra en general, sino de la mano de obra de una determinada cualidad que se oferta y se demanda en un determinado momento, en un determinado puesto de trabajo. Más difícil aún ha sido para la teoría del capital liberarse de la idea de capital abstracto, cuando la diferencia de categoría entre tierra, trabajo y capital ya no se cuestiona, sino que debe tomarse en consideración la valoración de precisos los bienes de capital, ofrecidos o demandados en un determinado tiempo y lugar. Igualmente en la teoría de la distribución y en la teoría de la imputación no ha sido fácil sacudirse la influencia del punto de vista universalista.¹⁶

Nuestra ciencia trata de las formas y modelos de acción bajo las diversas categorías de sus condiciones. Esto no significa que estemos diseñando un plan para una ciencia futura. No sostenemos que la ciencia de la acción humana deba ser apriorística, sino que es tal en la realidad. No pretendemos descubrir un nuevo método, sino solo caracterizar correctamente el método que realmente se usa. Los teoremas de la economía se derivan no de la observación de los hechos, sino a través de la deducción de las categorías fundamentales de la acción, que a veces se ha expresado como principio económico (esto es la necesidad de economizar), a veces como el principio del valor o como el principio del coste. Son de derivación apriorística, por

¹⁶ Sobre el punto de vista colectivista véase *infra*, pp. 225 ss. Para una especial aplicación del razonamiento expuesto en el texto a la teoría del capital, véase *infra*, pp. 305 ss.

lo que reivindican la certeza apodíctica que pertenece a los principios básicos así derivados.

7. *Sociología y economía: Algunos comentarios sobre la historia del pensamiento económico*

En sociología, y sobre todo en economía, es donde encontramos la ciencia universalmente válida de la acción humana. Lo que hasta el presente se ha realizado en esta ciencia debe considerarse teoría de la sociedad o economía en sentido tradicional. Los nombres son designaciones convencionales que en modo alguno pueden directamente —es decir, sin referencia a una terminología ya existente— expresar la esencia de lo que se designa, como exigiría una opinión todavía muy extendida. Por consiguiente, no es cuestión de examinar si los términos «economía» (teoría de la economía) y «sociología» (teoría de la sociedad) son apropiados para aplicarse a la ciencia universalmente válida de la acción humana. Heredados del pasado, han acompañado a la ciencia en su camino hacia el desarrollo de un sistema teórico completamente comprensivo. De ahí que estos términos, en concordancia con la forma en que se acuñan las palabras, se refieran al punto de partida histórico de la investigación y no a la fundamentación lógica de la teoría desarrollada o a la idea central de la propia teoría. Lamentablemente, este hecho no siempre ha sido apreciado y se han efectuado repetidos intentos para definir y comprender el ámbito y la función de la ciencia en su sentido terminológico. En el sentido de una cruda forma de realismo conceptual, la sociedad ha sido indicada como el objeto asignado a la sociología y la economía, en cuanto aspecto económico de la cultura, como objeto de la teoría económica. Y así no se ha ahorrado ningún esfuerzo en el intento

de verificar lo que ante todo son realmente la sociedad y la economía.

Si hoy podemos adoptar la idea de que el objeto de nuestra ciencia es la acción humana sin temor a suscitar mayor hostilidad de la que pueda encontrar cualquier teoría científica, ello se debe a la labor de diversas generaciones de estudiosos. Las investigaciones de pensadores tan diferentes como Cairnes, Bagehot, Menger, Max Weber y Robbins demuestran que todos ellos fueron guiados por esta idea. En la perspectiva de la historia de la ciencia, es comprensible que la exigencia de la economía de ser apriorística y no empírica pueda sin embargo suscitar aún oposición porque la literatura existente solo superficialmente ha preparado el camino. Los doscientos años en que ha tenido lugar el desarrollo de nuestra ciencia no han sido favorables al reconocimiento de un nuevo campo de conocimiento apriorístico. El éxito alcanzado por el uso de los métodos empíricos de las ciencias naturales y por la cuidadosa investigación de las fuentes por parte de las ciencias históricas ha atraído de tal manera la atención que se han dejado de lado los avances que las ciencias apriorísticas han protagonizado en el mismo tiempo, aunque sin ellas el progreso experimentado por el mundo empirista no habría sido posible. Una época que se ufano de negar el carácter apriorístico incluso de la lógica no estaba ciertamente preparada para reconocer el carácter apriorístico de la praxeología.

Una ojeada a las teorías de Senior, John Stuart Mill, Cairnes y Wieser muestra que, a pesar de distintas terminologías y de los puntos de vista diferentes sobre el carácter lógico de la economía y de su lugar entre las ciencias, la concepción de la misma como disciplina apriorística no era, de hecho, muy distinta de la posición adoptada no solo por los economistas, sino también por los representantes de la teoría subjetiva del valor. Sin embargo, en rela-

ción con esto, debemos procurar no sacar conclusiones demasiado radicales de sus afirmaciones, en razón de los profundos cambios que desde entonces se han producido en la concepción de las cuestiones lógicas y metodológicas fundamentales y, correlativamente, también en la terminología de la literatura dedicada a su tratamiento.

Según Senior, no hay duda de que la ciencia de la economía «depende más del razonamiento que de la observación».¹⁷ Con respecto al método del economista, afirma: «Sus premisas consisten en unas pocas proposiciones generales, resultado de la observación y de la propia conciencia, y que apenas precisan de prueba y ni siquiera de declaraciones formales, porque todos, apenas las oyen, las admiten como familiares a sus pensamientos, o al menos incluidas en su pensamiento previo».¹⁸ Tanto la observación del mundo externo como la propia conciencia se mencionan como fuentes de nuestro conocimiento. Se dice, sin embargo, que estas proposiciones, que se originan en el interior, son inmediatamente evidentes o se deducen necesariamente de proposiciones inmediatamente evidentes. Por consiguiente, se da una derivación *a priori* y no dependen de la experiencia, a menos que se quiera llamar conocimiento apriorístico a la experiencia interna.

John Stuart Mill reconoce solo la ciencia empírica y rechaza en principio «un supuesto modo de filosofar que no reconoce estar basado en absoluto en la experiencia». Distingue dos métodos de pensamiento científico: el método *a posteriori*, «que requiere como base de sus conclusiones no simplemente la experiencia, sino una experiencia específica», y el método *a priori*, por el que entiende «el razonamiento a partir de una hipótesis». Además, dice de este

¹⁷ Nassau William Senior, *Political Economy*, 6.^a ed., Londres 1872, p. 5.

¹⁸ *Ibid.*, p. 3.

segundo método que «no es una práctica confinada a las matemáticas, sino que pertenece a la esencia de toda ciencia que admite un razonamiento general». La economía política debe caracterizarse «como esencialmente una ciencia abstracta, y su método es un método *a priori*».¹⁹

Nos llevaría lejos de nuestro tema analizar lo que hoy nos separa en la concepción milliana del *a priori* y de la economía. En opinión de Mill, incluso los axiomas son «solo una clase, la clase más universal, de la inducción a partir de la experiencia»; en realidad, la lógica y la matemática son ciencias empíricas.²⁰ Así como la geometría «presupone una definición arbitraria de la línea: algo que tiene longitud pero no anchura», así también «la economía política presupone una definición arbitraria del hombre como un ser que universalmente hace aquello por lo que puede obtener la mayor cantidad de cosas necesarias, de comodidades y de lujos, con la menor cantidad de trabajo y de auto-negación física, en el estado actual del conocimiento».²¹ Lo único importante que aquí nos interesa señalar es que Mill coloca la lógica, la matemática y las «ciencias morales» en la categoría de disciplinas para las que el método apropiado es el «método *a priori*». Para las «ciencias morales» es el «único método», porque la imposibilidad de hacer experimentos impide «el método *a posteriori*».²²

Tampoco el contraste que Cairnes establece entre método inductivo y método deductivo corresponde a la distinción que nosotros establecemos entre empirismo y aprio-

¹⁹ John St. Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 3.^a ed., Londres 1877, p. 143.

²⁰ John St. Mill, *System of Logic Ratiocinative and Inductive*, 8.^a ed., Londres 1872, I, pp. 290 ss.

²¹ Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, p. 144.

²² *Ibid.*, pp. 146 ss.

rismo. Su terminología es la de la filosofía de su tiempo, totalmente bajo la influencia del empirismo y del psicologismo. Cuando Cairnes procede a responder a la cuestión de si la economía debe estudiarse según el método deductivo o —como suele hacerse generalmente— según el método inductivo, y concluye atribuyendo la preferencia al primero, emplea una terminología tan alejada de la lógica y la epistemología modernas que se precisa un atento análisis para traducir el significado de las palabras a un lenguaje familiar a un lector contemporáneo. Pero su significado real, aunque formulado en términos diferentes, está más próximo a nuestra concepción de lo que podría parecer a primera vista. Cairnes señala que la posición del científico natural y la del economista en relación con el objeto de sus investigaciones son totalmente diferentes. No hay otro método viable para la ciencia natural que la investigación inductiva —nosotros diríamos: empírica—, pues «el hombre no posee un conocimiento directo de los últimos principios físicos». ²³ El caso es distinto para el economista, el cual «parte de un conocimiento de las causas fundamentales». ²⁴ Poseemos un «conocimiento directo [...] de las causas en nuestra consciencia de lo que pasa en nuestra propia mente, y en la información que nuestros sentidos nos transmiten, o al menos son capaces de transmitir, de los hechos externos». ²⁵ Así, el economista se encuentra ya «al comienzo de sus investigaciones [...] en posesión de aquellos últimos principios que gobiernan los fenómenos que constituyen el objeto de su estudio». ²⁶

²³ John Elliott Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy*, 3.^a ed., Londres 1888, p. 83.

²⁴ *Ibid.*, p. 87.

²⁵ *Ibid.*, p. 88.

²⁶ *Ibid.*, pp. 89 ss.

De manera incluso más clara que Cairnes, Wieser tiene hacia la concepción de que la economía es una ciencia apriorística. No consigue llegar a esta conclusión solo porque las teorías epistemológicas le cerraban el camino.²⁷ La función de la teoría económica, según Wieser, consiste «esencialmente en explicar y desarrollar el contenido de la experiencia económica común». La conciencia de todo ser humano económicamente activo, prosigue, está formada por un «fondo de experiencias que son posesión común de todo el que participa en la economía. Hay experiencias que todo teórico encuentra ya en sí sin que previamente tenga que recurrir a especiales procedimientos científicos. Son experiencias relativas a los hechos del mundo exterior, como, por ejemplo, la existencia de bienes y sus órdenes; experiencias relativas a hechos de carácter interior, tales como la existencia de necesidades humanas, y relativas a las consecuencias de este hecho; y experiencias concernientes al origen y al curso de la acción económica por parte de la mayoría de los hombres». El campo de la teoría económica se extiende «exactamente tan lejos como la experiencia común. La tarea del teórico termina siempre allí donde acaba la experiencia común y donde la ciencia debe reunir sus observaciones mediante la investigación histórica o estadística o cualquier otro modo que se estime oportuno».²⁸

Es evidente que lo que Wieser llama «experiencia común», en contraposición al otro tipo, no es la experiencia

²⁷ Las investigaciones pioneras de Menger perdieron posteriormente cierta fuerza por su dependencia respecto al empirismo y al psicologismo de Mill. A este respecto, deseo subrayar que empleo términos como «empirismo» e «historicismo», etc., sin ninguna connotación de un juicio de valor. Véase Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, 3.ª ed., Halle 1922, I, p. 52, nota a pie de página.

²⁸ Friedrich von Wieser, «Theorie der gesellschaftlichen Wirtschaft», *Grundriss der Sozialökonomik*, Tübinga 1914, p. 133.

de la que se ocupan las ciencias empíricas. El método de la economía, que el propio Wieser llama método psicológico, pero que al mismo tiempo distingue netamente de la psicología, consiste según él en «mirar fuera desde el interior de la conciencia», mientras que el científico natural (y por tanto la ciencia empírica) observa los hechos «solo desde fuera». Wieser ve el error capital de Schumpeter precisamente en su creencia de que el método de las ciencias naturales está indicado también para la teoría económica. La economía, sostiene Wieser, constata que «ciertos actos se cumplen en la conciencia con una sensación de necesidad». ¿Por qué, entonces, «se ha de acudir a la molestia de derivar una ley de una larga cadena de inducción, si cada uno oye claramente la voz de la ley dentro de él mismo?».²⁹

Lo que Wieser llama la «experiencia común» hay que distinguirlo netamente de la experiencia adquirida «a través de observaciones recogidas a la manera de los estudios históricos y estadísticos». Evidentemente, esta no es experiencia en el sentido de las ciencias empíricas, sino exactamente lo opuesto: es lo que lógicamente precede a la experiencia y es, en realidad, una condición y presuposición de toda experiencia. Cuando Wieser trata de demarcar la teoría económica del tratamiento histórico, descriptivo y estadístico de los problemas económicos, emprende un camino que debe llevar, si se sigue coherentemente, al reconocimiento del carácter apriorístico de la teoría económica. Por supuesto, no debe extrañarnos que el propio Wieser no haya llegado a esta conclusión. Fue incapaz de liberarse de la influencia de la epistemología psicologista

²⁹ Friedrich von Wieser, «Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie», *Gesammelte Abhandlungen*, ed. de F.A. Hayek, Tübinga 1929, p. 17.

de Mill, que atribuye un carácter empírico también a las leyes del pensamiento.³⁰

II. ÁMBITO Y SIGNIFICADO DE UN SISTEMA DE TEOREMAS *A PRIORI*

1. *El concepto básico de acción y sus condiciones categoriales*

El punto de partida de nuestro razonamiento no es la economía, sino la acción económica, o, como también se dice con redundancia, la acción racional. La acción humana es una conducta consciente por parte de un ser humano. Conceptualmente, puede distinguirse neta y claramente de la actividad inconsciente, aun cuando en algunos casos tal vez sea difícil determinar si un dado comportamiento deba ser asignado a una u otra categoría.

Como hombres que piensan y actúan, nosotros formulamos el concepto de acción. Al captar este concepto, inmediatamente captamos también los conceptos estrechamente relacionados de valor, riqueza, intercambio, precio y coste. Todos ellos están implícitos en el concepto de acción, y junto a ellos los conceptos de valoración, escala de valores e importancia, escasez y abundancia, ventaja y desventaja, éxito, beneficio y pérdida. La articulación lógica de todos estos conceptos y categorías, derivados sistemáticamente de la categoría fundamental de acción, y la demostración

³⁰ Entre las obras más recientes dedicadas a la lógica y la metodología de la acción humana están las de Karel Englis: *Grundlagen des wirtschaftlichen Denkens*, Brünn 1925; *Begründung der Teleologie als Form des empirischen Erkennens*, Brünn 1930; y *Teleologische Theorie der Staatswirtschaft*, Brünn 1933. La oposición entre causalidad y teleología, que es la principal preocupación de Englis, no entran en el ámbito de los problemas que aquí se tratan.

de la relación necesaria entre ellos constituye la primera tarea de nuestra ciencia. La parte que trata de la teoría elemental del valor y del precio sirve como punto de partida de su exposición. No hay duda sobre el carácter apriorístico de estas disciplinas.

El prerrequisito más general de la acción es un estado de insatisfacción, por un lado, y, por otro, la posibilidad de eliminarlo o aliviarlo mediante la acción. (La satisfacción perfecta y su concomitante, la ausencia de cualquier estímulo al cambio o a la acción, pertenece propiamente al concepto de un ser perfecto. Pero este supera la capacidad de comprensión humana. Un ser perfecto no actúa.) Solo esta condición más general está implícita necesariamente en el concepto de acción. Las demás condiciones categoriales de la acción son independientes del concepto básico; no son prerrequisitos esenciales de la acción concreta. Si están o no presentes en un caso particular solo puede decirlo la experiencia. Pero cuando están presentes, la acción cae necesariamente bajo determinadas leyes que derivan de la determinación categorial de estas ulteriores condiciones.

Es un hecho empírico que el hombre envejece y muere, y por tanto no puede ser indiferente al paso del tiempo. Que tal ha sido la experiencia del hombre sin excepción, que no tengamos la más mínima evidencia de lo contrario y que casi ninguna otra experiencia tiene de manera más evidente su raíz en una ley de la naturaleza, todo esto no cambia en modo alguno su carácter empírico. El hecho de que el paso del tiempo sea una de las condiciones bajo las cuales se produce la acción se establece empíricamente y no *a priori*. Podemos sin contradicción concebir acciones por parte de seres inmortales que no envejecen. Pero en la medida en que tomamos en consideración la acción del hombre que no es indiferente al paso del tiempo, y que por tanto lo economiza porque es importante para él si

obtiene un fin deseado antes o después, debemos atribuir a su acción todo lo que se sigue necesariamente de la naturaleza categorial de tiempo. El carácter empírico de nuestro conocimiento de que el paso del tiempo es una condición de cualquier acción no afecta en absoluto al carácter apriorístico de las conclusiones que necesariamente se siguen de la introducción de la categoría de tiempo. Al margen de lo que se derive necesariamente del conocimiento empírico —por ejemplo, las proposiciones de la teoría del tipo de interés— todo ello queda fuera del campo del empirismo.

Si el intercambio de bienes económicos (en sentido amplio, que incluye también los servicios) se produce directamente como en el trueque, o indirectamente, a través de un medio de cambio, solo puede establecerse empíricamente. Sin embargo, cuando y en la medida en que emplean los medios de cambio, todas las proposiciones que son esencialmente válidas respecto al cambio indirecto deben considerarse verdaderas. Todo lo que afirman la teoría cuantitativa del dinero, la teoría de la relación entre cantidad de dinero e interés, la teoría de los medios fiduciarios y la teoría que establece una relación entre circulación del crédito y ciclos económicos resulta entonces inseparablemente conexo con la acción. Todos estos teoremas siguen siendo significativos, aunque nunca hubiera habido un cambio indirecto, si bien la importancia heurística de la experiencia para el análisis de la acción debe tenerse en cuenta. Acaso si nunca hubiera habido cambio indirecto, no habríamos podido concebirlo y estudiarlo en todas sus ramificaciones. Pero esto de ningún modo cambia el carácter apriorístico de nuestra ciencia.

Todas estas consideraciones nos permiten valorar críticamente la tesis de que todas o la mayor parte de las doctrinas de los economistas valen solo para un limitado periodo

de la historia y de que, por consiguiente, los teoremas cuya validez está limitada histórica o geográficamente deberían sustituir, o por lo menos integrar, a los de la teoría universalmente válida. Todas las proposiciones establecidas por esta se mantienen mientras las condiciones que presuponen y definen de manera precisa estén presentes. Cuando tal es el caso, las proposiciones valen sin excepción, lo cual significa que estas proposiciones se refieren a la acción en cuanto tal; esto es, que presuponen solo la existencia de un estado de insatisfacción, por un lado, y la reconocida posibilidad, por otro, de superar este estado mediante el comportamiento consciente, y que, por tanto, las leyes elementales del valor son válidas sin excepción para todas las acciones humanas. Cuando una persona aislada actúa, su acción se verifica de acuerdo con las leyes del valor. Cuando además se introducen en la acción bienes de orden superior, todas las leyes de la teoría de la imputación mantienen su validez. Allí donde se verifica el cambio indirecto, valen todas las leyes de teoría monetaria. Allí donde se crean medios fiduciarios, valen todas las leyes de los medios fiduciarios (la teoría del crédito). Y no valdría la pena expresar este hecho diciendo que las doctrinas de la teoría del dinero son aplicables solo en aquellos periodos de la historia en que tiene lugar el cambio indirecto.

Sin embargo, el caso es totalmente distinto de la tesis de aquellos que subordinan la teoría a la historia. Lo que ellos sostienen es que las proposiciones derivadas de la teoría universalmente válida no son aplicables a los periodos históricos en que se hallan presentes las condiciones presupuestas por la teoría. Afirman, por ejemplo, que las leyes de la determinación del precio de una época son diferentes de las de otra. Asimismo, que las proposiciones de la teoría de los precios, tal como son desarrolladas por la economía subjetiva, se aplican solo en una economía

libre, pero que no tienen validez alguna en una época de mercados protegidos, organizaciones e intervención del gobierno.

De hecho, la teoría de los precios explica los principios que rigen la formación de los precios de monopolio. Demuestra que todo precio debe ser o precio de monopolio o precio competitivo, sin que pueda haber un tercer tipo de precio. En la medida en que los precios de un mercado protegido son precios de monopolio se forman en consonancia con las leyes del precio de monopolio. Una competencia limitada y manipulada que no lleve a la formación de precios de monopolio no ofrece especial problema para la teoría. La formación de los precios competitivos es fundamentalmente independiente de la amplitud de la competencia. El que la competencia en un determinado caso sea mayor o menor es un dato que la teoría no debe tomar en cuenta, pues en ella se trata de condiciones categoriales, no de condiciones concretas. La extensión de la competencia en un caso particular influye sobre el nivel del precio, pero no en la manera en que el precio se determina.

La Escuela histórica no ha podido ofrecer prueba alguna en apoyo de su afirmación de que las leyes derivadas de una teoría universalmente válida no se aplican a una acción humana independientemente del lugar, el tiempo, la raza o la nacionalidad. Para probarlo tenía que haber demostrado que la estructura lógica del pensamiento humano y la naturaleza categorial de la acción humana cambian en el curso de la historia y son diferentes según los pueblos, las razas, las clases, etc. Pero esto jamás se ha demostrado; en realidad, la filosofía ha demostrado que la verdad es exactamente lo contrario.³¹

³¹ Véase *infra*, pp. 166 ss. para una ulterior discusión de este punto.

Los representantes de la Escuela histórica tampoco han podido señalar el caso de una proposición de la que pueda decirse que la observación la ha transformado en una ley económica dotada de una limitada validez temporal, local, nacional u otra semejante. No pudieron formular semejante proposición ni *a priori* ni *a posteriori*. Si el pensamiento y la acción estuvieran realmente condicionados por el lugar, el tiempo, la raza, la nacionalidad, el clima, la clase, etc., sería imposible que un alemán del siglo xx comprendiera la lógica y la acción de un griego del tiempo de Pericles. Nosotros hemos demostrado que un descubrimiento *a posteriori* de leyes empíricas de la acción es imposible.³² Lo único que la «teoría histórica» puede ofrecer es historia —muy pobre historia, ciertamente, considerada desde un punto de vista lógico, pero historia al fin y al cabo en modo alguno teoría—.

2. Teoría a priori y confirmación empírica

Una nueva experiencia puede forzarnos a descartar o modificar deducciones que hemos derivado de experiencias anteriores. Pero ninguna experiencia puede forzarnos a descartar o modificar teoremas *a priori*. Estos no se derivan de la experiencia, sino que son lógicamente anteriores a ella y no pueden ser corroborados por la experiencia o refutados por una experiencia contraria. Solo podemos comprender la acción mediante teoremas *a priori*. Nada es más claramente contrario a la verdad que la tesis del empirismo de que las proposiciones teóricas se alcanzan a través de la inducción, sobre la base de una observación

³² Véase *supra*, pp. 41 ss.

de «hechos» carente de presupuestos. Incluso el más ajeno al pensamiento científico, que ingenuamente no cree en nada que no sea «práctico», tiene una precisa concepción teórica de lo que está haciendo. Sin una «teoría», no puede hablar acerca de su acción, no puede pensar sobre ella, no puede ni siquiera actuar. El pensamiento científico se distingue del pensamiento cotidiano de cada uno solo por el intento de ir más allá y no detenerse hasta llegar al punto más allá del cual no se puede ir. Las teorías científicas son diferentes de las del hombre medio únicamente porque tratan de construir una base que no puede ser sacudida por ulteriores razonamientos. Mientras que en la vida diaria, por lo general, nos contentamos con aceptar acríticamente ideas recibidas, con llevar una carga de prejuicios e incomprendimientos de toda clase, y con permitir que equivocaciones y errores pasen inobservados allí donde no es fácil evitarlos, las teorías científicas aspiran a la unidad compacta, a la claridad, precisión, evidencia apodíctica, y ausencia de contradicciones.

Teorías acerca de la acción están implícitas en las propias palabras que usamos en nuestra obra, y más aún en las que usamos al hablar acerca de la acción. Las ambigüedades semánticas, tan frecuentemente lamentadas,³³ que infestan nuestros esfuerzos para alcanzar precisión en la ciencia, tienen sus raíces precisamente en el hecho de que los términos empleados son resultado de específicas teorías presentes en el razonamiento del sentido común. Los defensores del historicismo pudieron creer que los hechos pueden ser comprendidos sin una teoría, solo porque no supieron reconocer que una teoría se halla ya contenida en los propios términos lingüísticos involucrados en todo

³³ Friedrich von Wieser, *Über den Ursprung und die Hauptgesetze des wirtschaftlichen Wertes*, Viena 1884, pp. 1 ss.

acto de pensamiento. Aplicar el lenguaje, con sus palabras y sus conceptos, a cualquier cosa es al mismo tiempo acercarnos a ella con una teoría. Incluso el empirista, que supuestamente trabaja sin presupuestos, emplea instrumentos teóricos. Estos se distinguen de los producidos por una teoría científica únicamente por ser menos perfectos y por tanto también menos útiles.

Por consiguiente, una proposición de una teoría *a priori* nunca puede ser refutada por la experiencia. La acción humana afronta siempre la experiencia como un fenómeno complejo que primero tiene que ser analizado e interpretado por una teoría antes de que pueda ponerse en el contexto de una hipótesis que tiene que ser demostrada o refutada; de ahí el engorroso *impasse* que se crea cuando defensores de doctrinas en conflicto señalan los mismos datos históricos como prueba de su posición. La afirmación de que la estadística puede demostrar cualquier cosa es un reconocimiento popular de esta verdad. Ningún programa político o económico, ninguna cuestión, por absurda que sea, puede, a los ojos de sus defensores, ser contradicha por la experiencia. Quien está convencido *a priori* de la verdad de su doctrina puede siempre aducir que alguna condición esencial para su éxito no ha sido satisfecha. Todos los partidos políticos alemanes buscan en la experiencia del segundo *Reich* confirmación de la solidez de su programa. Defensores y opositores del socialismo sacan consecuencias opuestas de la experiencia del bolchevismo soviético. Los desacuerdos relativos a la capacidad probatoria de una concreta experiencia histórica solo pueden resolverse volviendo a las doctrinas de la teoría universalmente válida, que son independientes de la experiencia. Todo argumento teórico, supuestamente tomado de la historia, se convierte necesariamente en un argumento lógico acerca de la teoría pura, separada de la historia. Cuando los argumentos

basados en un principio se refieren a cuestiones de acción, se debería siempre estar dispuestos a admitir que nada puede «resultar más perjudicial e indigno de un filósofo que la vulgar pretensión de apelar a una experiencia contraria»,³⁴ y no, como Kant y los socialistas de todas las escuelas que le siguen, solo cuando semejante apelación muestra al socialismo bajo una luz favorable.

Precisamente porque los fenómenos de la experiencia histórica son complejos, los fallos de una teoría errónea son revelados menos eficazmente por una experiencia que la contradice que por una teoría correcta. La ley de hierro de los salarios no fue refutada porque chocara con la experiencia, sino porque su fundamental carácter absurdo era evidente. El conflicto entre sus tesis más claramente controvertibles —que los salarios tienden al mínimo necesario para la subsistencia— y los hechos de la experiencia se habría podido reconocer fácilmente. Y, sin embargo, todavía hoy sigue firmemente arraigada en la discusión corriente, en la opinión pública y en la teoría marxiana de la plusvalía, la cual, incidentalmente, declara que rechaza la ley de hierro de los salarios. Ninguna experiencia del pasado impidió a Knapp formular su *teoría estatal del dinero* y ninguna experiencia posterior forzó a sus defensores a renunciar a dicha teoría.

La obstinación en esta reluctancia a aprender de la experiencia debería servir de advertencia a la ciencia. Si aparece una contradicción entre una teoría y la experiencia, debemos siempre suponer que falta alguna condición supuesta por la teoría, o bien que hay algún error en nuestra observación. Puesto que el prerequisite esencial de la

³⁴ Immanuel Kant, «Transcendental Doctrine of Elements», *Critique of Pure Reason*. Véase la parte relativa a la doctrina trascendental de los elementos.

acción —insatisfacción y posibilidad de eliminarla parcial o totalmente— está siempre presente, solo la segunda posibilidad —un error en la observación— permanece abierta. Pero en la ciencia no se puede ser demasiado cauteloso. Si los hechos no confirman la teoría, la causa tal vez esté en la imperfección de la teoría. El desacuerdo entre la teoría y los hechos de la experiencia nos impele por tanto a repensar los problemas de la teoría. Pero mientras un reexamen de la teoría no demuestre los errores de nuestro pensamiento, no tenemos razón para dudar de su verdad.

Por otra parte, una teoría que no parece estar en contradicción con la experiencia no por ello puede considerarse como definitivamente establecida. El gran lógico del empirismo, John Stuart Mill, no pudo encontrar contradicción alguna entre la teoría objetiva del valor y los hechos de la experiencia. De otro modo no habría afirmado, precisamente en vísperas de un cambio radical en la teoría del valor y del precio, que, en lo que concierne a las leyes del valor, no quedaba nada por explicar tanto para el presente como para el futuro: la teoría era completamente perfecta.³⁵ Un error de este calibre en tan importante pensador debería servir de advertencia a todos los teóricos.

3. *Teoría y hechos de la experiencia*

La ciencia de la acción trata solo de aquellos problemas cuya solución afecta directamente a los intereses prácticos. No se interesa, por razones ya explicadas,³⁶ por el desarrollo completo de un sistema global que abarque todas las categorías imaginables de la acción en toda su generalidad. La

³⁵ J. St. Mill, *Principles of Political Economy*, Londres 1867, III, p. 265.

³⁶ *Supra*, pp. 49 ss.

particular ventaja de este procedimiento es que, al dar preferencia a los problemas existentes bajo las condiciones actuales en que la acción tiene lugar, nuestra ciencia tiene que fijar su atención en hechos de la experiencia. Por consiguiente, debe olvidar que una de sus tareas consiste en determinar el límite entre las condiciones de acción accesibles y que exigen una comprensión categorial, por un lado, y los datos concretos del caso individual, por otro. La teoría debe ocuparse constantemente de los hechos actuales del caso individual y no repetible, porque solo esto ofrece la posibilidad de mostrar dónde (conceptualmente, aunque acaso no en lo que respecta al lugar, al tiempo o a cualquier otro aspecto perceptible por los sentidos) acaba el ámbito de la comprensión teórica y dónde comienza el de la explicación histórica. Cuando la ciencia que aspira al conocimiento universalmente válido haya perfeccionado sus métodos hasta el punto de llegar al límite máximo a que la teoría puede llegar —es decir hasta el punto en que ninguna condición abierta a la comprensión categorial quede fuera de su alcance, si la experiencia ha demostrado la conveniencia de su inclusión—, esa ciencia se verá obligada a tratar también una parte de los problemas de la investigación descriptiva, estadística e histórica. De otro modo no podría en modo alguno conseguir reconocer y delimitar su propio campo. Esta tarea de demarcación pertenece a ella y no a las ciencias empíricas descriptivas, pues es lógicamente anterior a estas.

Ciertamente, también este procedimiento esconde muchos peligros. A veces se descuida distinguir lo válido universalmente de lo histórico; se confunden los métodos, y entonces se obtienen resultados insatisfactorios. La ingeniosa exposición de Böhm-Bawerk de la teoría del interés, por ejemplo, adolece especialmente de una insuficiente separación de ambos tipos de procedimiento.